



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 4 de julio de 1979

1. La Iglesia romana ha vivido la semana pasada santos y elevados momentos, que merecen una particular mención ante Dios y ante los hombres.

Ante Dios, para poder expresarle nuestra gratitud y renovarle nuestra confianza. Ante los hombres, para satisfacer la exigencia de los corazones que en tales momentos se unen y se abren recíprocamente.

Por primera vez yo, que no soy nativo de esta ciudad ni de esta tierra, he podido venerar a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo precisamente en este lugar —de donde el Señor les llamó hacia Sí—, en el día dedicado a la conmemoración anual de su glorioso martirio. Lo había hecho ya durante muchos años en mi tierra patria, manifestando así la unidad con Pedro que reúne al Pueblo de Dios en la Iglesia católica. Pero aquí, en el *mismo centro de la Iglesia*, el misterio de esa insólita vocación, que condujo a Pedro desde el lago de Genesaret a Roma y, luego, tras sus huellas, trajo aquí también a Pablo de Tarso, nos habla con toda la fuerza de la realidad histórica. ¡Con qué profunda emoción, a última hora de la tarde del 28 de junio, hemos rezado las primeras Vísperas de la fiesta de los dos Santos Patronos! Y después, *tras la bendición de los Palios*, que son símbolo de la unidad de la Iglesia universal con la Sede de San Pedro, bajamos al lugar donde se encuentran las *santas reliquias* del Apóstol, sepultadas aquí un tiempo y sometidas en nuestro tiempo a nuevo examen por parte de los científicos... ¡Qué grande es la elocuencia del altar central de la basílica, sobre el cual celebra la Eucaristía el Sucesor de San Pedro pensando que, *en un lugar cercano a ese altar*, él mismo, Pedro crucificado, ofreció el sacrificio de su propia vida en unión con el sacrificio de Cristo crucificado sobre el Calvario, y resucitado...

El mismo día, según la tradición, el Señor acogió también el sacrificio de San Pablo.

Y no sólo ellos dos. La liturgia del 30 de junio conmemora a todos *los mártires de la Iglesia* que

entonces, en los tiempos de Nerón, sufrieron aquí en Roma una persecución sangrienta. Lo testimonian antiguos historiadores, como Tácito (*Annales XV, 45*) y Padres Apostólicos, como Clemente de Roma (*Ad Cor 5-6*). Pero esa persecución, lejos de ser la última, fue más bien la primera. Después de ella, vinieron otras hasta los tiempos de Diocleciano, a principios del siglo IV y luego, con Juliano el Apóstata, en la segunda mitad del mismo siglo. La Iglesia de Roma echó sus raíces profundas con esos múltiples testimonios. Esta sede del mundo antiguo fue bautizada no sólo con el bautismo del agua, sino también con el bautismo *de la sangre de los mártires*, "que habla mejor que la de Abel" (*Heb 12, 24*).

Todos nosotros, que vivimos con las prisas de la civilización contemporánea, con las inquietudes de la vida actual, debemos detenernos aquí a reflexionar sobre cómo nació esta Iglesia, a la cual, por voluntad del Señor, le fue concedido ser el centro y la capital de una misión tan grande: la Iglesia a la que peregrinan tantas otras Iglesias que encuentran en ella el fundamento de la propia unidad.

2. La conmemoración de estas vicisitudes de los comienzos de la Iglesia romana, que Dios fundó aquí sobre Pedro (cuyo nombre significa "Piedra", "Roca"), se ha unido con otros acontecimientos importantes, en la experiencia de los demás días de la pasada semana. Acontecimientos que reflejan el *ulterior desarrollo* histórico de esa Santa Sede, que siempre debe servir a la unidad de los cristianos en una Iglesia católica y al mismo tiempo apostólica.

Hemos tenido la fortuna de introducir solemnemente en él *Colegio de los Cardenales* de la Iglesia romana quince hombres. El nombre de uno de ellos permanece *in pectore*, en espera de las decisiones de la divina Providencia, si es que algún día permitirá revelar ese nombre; los otros, son ya conocidos de todos.

En ese rito sublime se *ha renovado la milenaria tradición de la Iglesia romana*, que tiene un gran significado no sólo para la ulterior estabilidad de la Iglesia, sino también para una comprensión adecuada de su carácter, que es doble: *local y al mismo tiempo universal*.

Nuestra Iglesia romana "local" está vinculada con esta Ciudad, del mismo modo con que en un tiempo, hace más de 19 siglos, la vinculó a esta Ciudad el Apóstol Pedro. Esta Iglesia romana, después de Pedro, eligió sucesivamente sus propios Obispos, a fin de que ejercieran en ella el servicio pastoral, y lo hizo de modo adecuado a las posibilidades y necesidades de las diversas épocas.

La institución del Colegio Cardenalicio, en sus orígenes, se remonta a esa tradición, según la cual el Obispo de Roma era elegido por los representantes del clero romano. Precisamente aquellos electores romanos, que ya entonces constituían un Colegio importante en la vida de la Iglesia, dieron comienzo a la institución que, desde hace casi mil años, *asegura la sucesión sobre la Sede de San Pedro*.

La sucesión sobre esta Sede episcopal tiene un significado no sólo para la Iglesia "local", que está aquí en Roma. Lo tiene también para la Iglesia universal, es decir, para cada una de las Iglesias locales, que entran así a formar parte de una comunidad universal. Es éste verdaderamente un significado "clave", porque Cristo dio precisamente a Pedro el "poder de las llaves". En los últimos tiempos, y sobre todo durante el pontificado de Pablo VI, el Colegio Cardenalicio ha crecido y se ha internacionalizado.

El Sacro Colegio, en la actualidad, consta de 70 cardenales de Europa. 40 cardenales de América (Norte, Centro y Sur), 12 cardenales de África, 10 cardenales de Asia y 3 cardenales de Australia y Oceanía. Todos desempeñan tareas especialmente responsables, como *Pastores* de importantes Iglesias locales (o sea, diócesis) o como *Superiores* de los principales dicasterios de la Curia romana, y son al mismo tiempo los herederos de aquellos antiguos "electores" que provenían del clero romano y elegían el Obispo de Roma. Por eso, junto a la llamada al Colegio Cardenalicio, se les confía el Título de una de las diócesis suburbicarias o de una de las iglesias romanas. De ese modo, el Colegio Cardenalicio une en sí —y en sí manifiesta— las dos dimensiones constitutivas de la Iglesia: la dimensión "local" y la dimensión "universal". La Iglesia edificada sobre Pedro es "romana" en estas dos dimensiones.

3. He aquí cómo los días de la semana pasada nos han permitido entrar en una familiaridad particularmente profunda con la realidad de la Iglesia, con su misterio y al mismo tiempo con su historia, que se ha prolongado ante nuestros ojos, en cierto sentido, con una etapa nueva.

Si hoy volvemos a hablar de estos importantes acontecimientos es para manifestar cuán profundamente hemos vivido tales hechos. A ejemplo de la Madre de Cristo, hay que "guardar en el corazón" (cf. *Lc 2, 51*) acontecimientos tan elocuentes y en el momento oportuno "manifestarlos hacia afuera", a fin de que con esas manifestaciones se consolide su importancia interior.

Mi pensamiento se dirige ahora, una vez más, a los miembros del Colegio Cardenalicio, que ha quedado reforzado nuevamente. Encomiendo cada uno de ellos a las oraciones de todos los aquí reunidos, a las oraciones de toda la Iglesia.

A Jesucristo, "Rey de los siglos" (*1 Tim 1, 17*), encomiendo a la Iglesia edificada "sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas" (*Ef 2, 20*), la Iglesia romana fundada sobre Pedro y vinculada desde el comienzo al recuerdo del Apóstol de las Gentes.

Saludos

(En español)

Amadísimos hermanos y hermanas:

La semana pasada, la Iglesia romana ha vivido momentos que merecen un recuerdo especial. Ante Dios, para darle gracias; y ante los hombres, para revivir instantes de particular comunión de sentimientos.

Por primera vez he celebrado, en este centro de la Iglesia, la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, pensando con singular intensidad en el misterio de la presencia del Pescador de Galilea y de Pablo de Tarso. He podido así venerar las reliquias de Pedro conservadas bajo el altar central de la basílica que lleva su nombre; bajo ese altar en el que el Sucesor de Pedro celebra la Eucaristía, el sacrificio al que Pedro ha unido el de su propia vida. A este recuerdo, de profundo significado, se asociaba también el del sacrificio por Cristo del Apóstol Pablo, los dos pilares sólidos de esta Iglesia.

Y no sólo a ellos, sino que hemos festejado asimismo a todos los otros mártires, que durante las persecuciones han fecundado con su sangre la Iglesia de Roma. a la que otras Iglesias peregrinan para encontrar el fundamento de su unidad.

Este principio de la Iglesia de Roma, fundada sobre Pedro, ha tenido en estos días otro importante desarrollo. La creación de quince nuevos cardenales —uno de los cuales permanece *in pectore*, esperando que la divina Providencia permita un día revelar su nombre— hechos parte de la Iglesia romana, son una nueva prueba del doble carácter de esta Iglesia: el local y el universal. Procedentes de diversas diócesis y países —en aras de la deseada internacionalización del Sacro Colegio—, y mediante su adscripción al Título de una iglesia de Roma, sirven a esa doble dimensión, local y universal, que tiene la Iglesia romana.

Os pido que encomendéis fervientemente en vuestras plegarias estas intenciones eclesiales.

(A un grupo de japoneses de religión tenrikyo)

Mi saludo especial va dirigido a los distinguidos visitantes procedentes de Japón: un grupo de miembros de la religión tenrikyo. Con profundo interés y respeto observa la Iglesia católica vuestra fe en un Dios único Creador y Salvador, y alaba el ideal de vida gozosa y de servicio. Que vuestra visita a Roma sea provechosa y os proporcione alegría y paz interior.

(A los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas)

En la audiencia de hoy toman parte numerosos sacerdotes, entre los que destaca el grupo de directores de departamentos catequísticos diocesanos y el de consiliarios de Acción Católica de Adultos. A todos vosotros, queridísimos sacerdotes, que os prodigáis generosamente por conseguir que el hombre moderno acoja la Palabra que salva, expreso mi aprecio avalorado con una bendición apostólica especial.

Saludo también a las muchas religiosas presentes y, entre ellas, en particular a las participantes en el IX Congreso Misionero nacional organizado por la Pontificia Unión Misional. Que el ansia por propagar el Reino, hermanas queridísimas, vibre en vosotras con intensidad creciente y conquiste muchos corazones por medio de vuestro testimonio. Os dé fuerzas mi bendición apostólica llena de afecto.

(A los peregrinos de Caltagirone)

Entre las muchas peregrinaciones presentes, deseo saludar a la que ha organizado el obispo de Caltagirone en el VII centenario de la muerte del Beato Gerlando, caballero templario polaco, se-pultado y venerado en la iglesia catedral. Al recordar a mi antiguo compatriota, exhorto a todos a ser fieles a las hondas tradiciones de fe, valentía y generosidad que nos han legado los antepasados., y os bendigo de corazón deseándoos prosperidad y serenidad.

(A los jóvenes, a los recién casados y a los enfermos)

Un saludo afectuoso dirijo a los muchachos "Generación nueva" de los focolarinos, y a los jóvenes del "Centro Internacional de la Juventud Trabajadora". En la denominación de vuestros dos Movimientos, queridos hijos, me complazco en ver vuestro programa de renovación espiritual que se propone dar testimonio cristiano cada vez más generoso y elocuente, tanto en la vida privada como en la social. Al mismo tiempo que os animo a perseverar en vuestros nobles afanes, os exhorto a proyectar cada vez más luz, tanto en el campo intelectual como en el del trabajo, sobre los valores evangélicos de la dignidad humana. la libertad, la justicia y la fraternidad universal. Avaloro tal deseo con la bendición apostólica que extiendo con gusto a vuestras familias.

Un recuerdo cordial deseo dedicar a los recién casados presentes en esta audiencia, a los que quiero expresar un deseo y proponer un compromiso.

Ante todo, el deseo de que seáis felices siempre con la alegría que da Jesús y que nadie podrá quitaros (cf. Jn 16. 22 s.), si estáis unidos a El y entre vosotros con el vínculo misterioso que instauran la fe, esperanza y caridad cristianas.

Y además, que os comprometáis a que vuestra unión indisoluble consagrada por el sacramento, sea testimonio concreto de la realización diaria del mensaje y las exigencias del Evangelio.

Para vuestras familias en ciernes pido por intercesión de la Virgen gracias y consuelos divinos, a la vez que os doy una bendición apostólica especial.

Un saludo particularmente afectuoso deseo dirigir a los queridísimos hermanos y hermanas que llevan en el cuerpo o en el espíritu las señales de la enfermedad o el peso del dolor.

A vosotros que hacéis presente la imagen de Cristo paciente, llegue el amor, comprensión y solidaridad de la Iglesia, del Papa y de todos los presentes, con la certeza que nos da Jesús de que "los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros" (*Rom 8, 18*).

A todos vosotros y a vuestros seres queridos, mi bendición apostólica y la promesa de un recuerdo constante en la oración.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana